



Jornada del Presbiterio diocesano 2012

Al final de esta mañana de retiro acudimos a la fuente de donde brota toda la vida y la actividad de la Iglesia y, por tanto, a la fuente de nuestra vida y actividad pastoral, consagradas a la misión de anunciar el Evangelio, tal como Jesús nos lo encargó. Así nos preparamos de la mejor manera para iniciar un nuevo año pastoral con la ya habitual Semana de Pastoral, centrada en esta ocasión en la nueva evangelización.

La Iglesia existe para anunciar el Evangelio a los hombres de todos los tiempos. Y nuestro ministerio sacerdotal es una forma eminente de realización de esa misión permanente de la Iglesia. Por ello, en nuestra vida y ministerio tienen que verse reflejadas de forma ejemplar las convicciones de fe, la vida evangélica y el compromiso apostólico que nos reclama la Nueva Evangelización, de forma más intensa en el inminente Año de la fe. En efecto, ante los desafíos que la cultura actual presenta a la fe cristiana, la Iglesia no quiere resignarse y encerrarse en sí misma, sino llevar a cabo la revitalización espiritual de todos sus miembros, poniendo a Jesucristo en el centro. Él nos da su Espíritu y las energías necesarias para un renovado anuncio y testimonio del Evangelio a través de nuevos caminos y formas de encuentro y diálogo con las culturas contemporáneas.

La Palabra de Dios nos conduce en esta Eucaristía al encuentro sacramental con el Señor, en el que se renueva y fortalece cada día nuestro ministerio.

El diálogo entre el Señor y Jeremías manifiesta los efectos que la vocación tiene en la vida del profeta.

Con la frase *“Antes de formarte en el vientre te escogí”* se daba a entender que Dios conoce a la persona y que es su único dueño desde el primer momento de su existencia. Dios le forma igual que dio forma al primer hombre como un alfarero.

La expresión *“Te consagré”* no se refiere a una purificación del pecado, sino a la separación de la persona del profeta escogido para dedicarla al servicio de Dios. Jeremías es así seleccionado por Dios para su misión profética.

“Profeta de los gentiles” expresa la extensión de su misión. Los antiguos profetas tuvieron un claro sentido del dominio de Yahvé sobre todo el universo: él era el Dios de toda la historia. Por ello, el profeta se preocupaba también de la situación de los países vecinos, con cuya historia estuvo siempre mezclada la historia del pueblo elegido.

Sin duda alguna, el anuncio de la palabra de Dios es la misión esencial del profeta, testigo de la voluntad de Dios ante su pueblo. Jeremías tenía unos 22 ó 23 años y carecía de autoridad; por ello, tiene miedo y replica: ¡Ay, Señor! Mira que soy un muchacho y no sé hablar. Moisés, al ser llamado por Dios, reaccionó de forma similar a



Jeremías, porque tenía una dificultad de comunicación. Y el mismo san Pablo reconoce que no es un buen orador. Pero así se manifiesta de forma más visible la acción de Dios. En el caso de Jeremías, la respuesta del Señor muestra con toda claridad la naturaleza de la misión del profeta. Dios es el único responsable de lo que el profeta tiene que decir; él es quien comunica el mensaje y quien da fortaleza interior a su mensajero en el cumplimiento de su misión: *“a donde yo te envíe, irás; y lo que yo te mande, lo dirás... yo estoy contigo”*.

Esta manifestación verbal la completa el Señor con un gesto simbólico así descrito: *El Señor... me tocó mi boca*. Con esta acción simbólica realiza lo que enuncia a continuación: *“Mira, yo pongo mis palabras en tu boca”*.

En las vocaciones proféticas de Isaías (6,7), Ezequiel (2,8-3,3) y Daniel (10,16) se narra un gesto similar de Dios con la boca y la lengua de sus profetas. En cada caso se expresa la misma convicción: Yahvé entrega su mensaje al profeta y éste lo experimenta de modo sensible. Esta experiencia es tan intensa en Jeremías que produce en él efecto de una seducción que se apodera de todo su ser. Así lo confiesa el profeta: *“me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste”*. Aunque el anuncio de la palabra del Señor se convirtió en causa de oprobio y desprecio, el profeta venció la tentación de no hablar más en nombre del Señor, porque la palabra *“era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo y no podía”* (Jer 20, 7-9)

También Pablo ha tenido una fortísima experiencia sensible de su llamada por Jesús en el camino de Damasco. Jesús resucitado se presenta como una luz deslumbradora y habla a su perseguidor Saulo con ternura (Cf. Hch 9, 1-19). Jesús sale al encuentro de Saulo y le llama para ser su apóstol entre los gentiles (Cf. Gal 1,15-17). En este encuentro comienza una transformación radical de su pensamiento y su vida, que es fruto, dirá Pablo, de la gracia del *“Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí”*. Reconocerse amado suscita en Saulo el proyecto de una vida plenamente identificada con Cristo, de lo que él mismo nos da testimonio: *“Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20). En el encuentro con Jesús ha comprendido Pablo de forma nueva la sabiduría y la verdad de la ley y los profetas, a la vez que su razón ha quedado abierta a la sabiduría de los paganos. Es decir, al entregarse a Cristo sin reservas se hizo capaz de entablar un diálogo amplio con todos y de hacerse todo para todos. Así pudo ser el apóstol de los gentiles.

En efecto, en Pablo se cumplen los rasgos que constituyen al apóstol de Jesucristo: Ha visto al Señor; ha sido enviado por él a cumplir una misión en su nombre; y se ha consagrado al anuncio del Evangelio. Pablo realiza este anuncio en una total identificación personal con el Evangelio, que es la razón de su existencia. Por ello, ha podido confesar con toda verdad que predicar es para él una necesidad ineludible: *“No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio del Evangelio”*, porque esa es la misión recibida de Jesús. Y su gloria y su paga en el ejercicio de esta tarea es dar a



Carlos López Hernández

conocer el Evangelio sin ningún otro interés que la propia participación en los bienes del Evangelio, con el que está personalmente identificado. Y de esta identificación total con el Evangelio de Cristo nace su capacidad de hacerse libremente *“esclavo de todos para ganar a los más posibles”*; *“débil con los débiles, para ganar a los débiles”*; *“todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos”*. Así lo realizó en concreto entre los fieles de Tesalónica, a los que escribe: *“Nos portamos... entre vosotros, como una madre que cuida con cariño de sus hijos. Os queríamos tanto que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor”* (1 Tes 2, 7-8).

A nosotros no se nos ha mostrado Jesús personalmente como a san Pablo, para llamarnos al ministerio sacerdotal y hacernos predicadores de su Evangelio. Pero nuestra vocación ha surgido y se alimenta cada día en el encuentro con Cristo, que se realiza en la escucha de su Palabra, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia, que presidimos en nombre y representación de Cristo Sacerdote, así como en la cercanía afectiva a los hermanos que acompañamos como pastores en el camino de la vida. En todas estas formas de encuentro con el Señor, y de forma especial en la Eucaristía, podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. En esta relación personal con Cristo nos vamos identificando con el Evangelio que anunciamos, y nos hacemos capaces de entablar un diálogo fructífero, en la cercanía del amor, con los hombres de hoy, y de hacernos progresivamente todo para todos, movidos por el ejemplo del Buen Pastor, que dio su vida por las ovejas.

La misión encomendada a Pablo de forma personalizada como apóstol de los gentiles tiene el mismo contenido que la encargada por Jesús resucitado a los Once, según el testimonio de Mateo: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”*. Y se orienta a la misma finalidad, según atestigua Marcos: *“El que crea y se bautice se salvará”*. Además, se realiza con el poder de Jesús, a quien Dios ha dado *“pleno poder en el cielo y en la tierra”*, y en su nombre y representación, porque él está con sus apóstoles *“todos los días, hasta el final del mundo”*. Esta asistencia permanente a los predicadores la describe Marcos como cooperación del Señor, *“confirmando la palabra con las señales que los acompañaban”*.

La narración de la misión de los discípulos en el Evangelio de Juan enriquece en aspectos fundamentales el significado de la misión de la Iglesia: **Primero**, sitúa el origen de la misión en el Padre y en su envío del Hijo: *“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”*.



Segundo, indica que el envío va acompañado por la donación del Espíritu Santo: “*Sopló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*”. Esta indicación es reflejo de toda la enseñanza de Juan sobre la función del Espíritu Santo.¹

Y, **en tercer lugar**, la narración del cuarto Evangelio presenta explícitamente como contenido esencial de la misión de los discípulos el poder de perdonar los pecados con la fuerza del Espíritu Santo: “*A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes de los retengáis, les quedan retenidos*”. Así aparecen como realizadores de la misma misión de Jesús, que derramó su sangre en la cruz para el perdón de los pecados (Lc 26, 28).

En el conjunto de los relatos evangélicos, la misión de los apóstoles y, en ellos, de toda la Iglesia, adquiere una significación de mediación sacramental. La misión procede del Padre a través del Hijo y se realiza en nombre y con el poder de Jesús, con la fuerza del Espíritu. Los apóstoles y la Iglesia son enviados como mediadores y representantes necesarios del mismo Jesús, que actúa a través de ellos. Por ello, la misión de los apóstoles y de la Iglesia tiene relevancia salvadora: “*Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado*” (Lc 10, 16). Los enviados por Jesús a anunciar el Evangelio hablan en su nombre, y la palabra que anuncian es palabra de Dios. Pablo da gracias a Dios porque los fieles de Tesalónica acogieron la palabra que les predicó “*no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes*” (1 Tes 2, 13).

Para que la palabra anunciada hoy por la Iglesia, a través de sus ministros, pueda ser reconocida, siquiera en forma análoga, como Palabra de Dios, es preciso que los predicadores estemos como Pablo identificados personalmente con el Evangelio y sólo transmitamos la Palabra de Jesús y su recta interpretación.

Comprender y poner en práctica rectamente la naturaleza sacramental de todas las funciones de nuestro ministerio es de la mayor importancia. El sacerdocio no es una conquista humana o un derecho individual, sino un don que Dios otorga a cuantos ha decidido “llamar” para que “estén con Él”, en el “servicio a su Iglesia”. La Eucaristía es el mayor don entregado a la Iglesia y a cada uno de nosotros singularmente, como acción central de nuestra misión sacerdotal. A la Eucaristía le debemos respeto y veneración, y hemos de aprender cada día mejor el arte sagrado de celebrarla, sin

¹ El Espíritu es el alma y agente principal en la misión: él irá recordando a los discípulos todo lo que el Señor les ha enseñado (Jn 14,26) y los llevará al conocimiento de la verdad plena (Jn 16, 13). El Espíritu renueva los corazones de los discípulos para que sean capaces de permanecer en el amor de Jesús (Jn 15, 9-10) y en la unidad del Hijo con el Padre (Jn 17,21). Estas serán las señales necesarias para ser reconocidos como discípulos (Jn 13, 35) y para que el mundo crea (Jn 17, 21). Por todo ello, el Espíritu es la fuerza prometida por Jesús a los discípulos para el testimonio del Evangelio: “*Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra*” (Hch 1, 8).



Carlos López Hernández

pretender jamás administrar como dueños el misterio del que sólo somos servidores. Si en el anuncio del Evangelio, en la acción litúrgica o en la guía pastoral actuamos nosotros como señores y protagonistas, contradecemos nuestra misma identidad y restamos fruto a nuestro ministerio.

En todo nuestro ministerio actuamos como signos e instrumentos de Cristo y de hemos de situar siempre en primer plano a Jesucristo, y no a nosotros mismos y nuestras opiniones. Nosotros somos "siervos", y nuestra obra sólo puede ser eficaz en la medida en que es para todos una vía hacia Cristo o un medio para el encuentro con él. La convicción de "estar revestidos de Cristo" y configurados sacramentalmente con él debe hacernos capaces de un estilo de vida sacerdotal que haga evidente a todos que vivimos para Cristo y queremos hacerlo visible en la entrega al servicio evangélico de los hermanos.

Para terminar, permitidme exhortaros a orar con vuestras comunidades y a mantener una viva y constante preocupación por la promoción de las vocaciones sacerdotales, que debe ser en nuestra Iglesia diocesana una de las tareas de máxima importancia. Hemos de hacer hoy con los más jóvenes lo que el Señor hizo con sus discípulos: llamarlos, estar con ellos, hacerles comprensible la Palabra de Jesús, enseñarlos a orar, fortalecerlos en su vocación cristiana y suscitar en ellos la fascinación por la vocación al sacerdocio, también con el testimonio de nuestra vida sacerdotal entregada sin reservas al servicio de los hermanos y alegre y feliz en el ejercicio del ministerio.

Salamanca, 17 de septiembre de 2012